

Canicas ruedan

Volumen II

Pedro Carbonell Castellero

Canicas ruedan

Volumen II

© 2016, Pedro Carbonell Castellero

10

Aprovechando una huelga de hospital en la que médicos y enfermeros acampaban en los jardines que circundaban al edificio clínico, nosotros nos aposentamos también allí, haciendo ver que seguíamos la huelga como unos compañeros más. Aunque nuestras pintas nos delataban, pues dábamos bastante asco, y encima Miquel y yo íbamos escayolados. Y ya que estábamos en semejante sitio, aprovechando los servicios mínimos, hicimos seguimiento de nuestros miembros partidos y al poco tiempo nos quitaron esos incómodos yesos. Aún nos habían quedado dolor y molestias, por lo que entonces, allí, entre gente muy amable, gente acostumbrada a relacionarse con el dolor como son los trabajadores clínicos, hicimos unas pocas sesiones de rehabilitación hasta quedar bien.

Estas personas tienen sentido de comunidad y entre ellos se arropan; a nosotros nos aceptaron pese a que obviamente en seguida se dieron cuenta de que estábamos allí de estranjis. Pero sí, nos aceptaron y cuidaron de nuestros huesos rotos.

Los tres, Paloma, Miquel y yo mismo, no hacía mucho que habíamos marchado de la trastienda de los orientales, y muy pronto, demasiado pronto para nuestros intereses, la huelga sanitaria acabó, así que nos vimos obligados a partir de nuevo. Y no sabíamos a dónde ir, por lo que continuó el dolor, el dolor de trasegar a la búsqueda de un cobijo aceptable y duradero, y de poder mantenernos sin tener que delinquir, o por lo menos

delinquir poco, digamos que casi honestamente.

Ya viviendo en plena calle, a la intemperie, buscamos información estudiando zonas de la ciudad para hallar un alojamiento que nos resultase satisfactorio. A ver si podía ser de manera definitiva, queríamos todos (sí, he dicho *queríamos*), así que investigamos por el Raval y por la Meridiana, allí donde suponíamos que era más fácil localizar viviendas vacías que nos resultaran accesibles. No me refiero a accesibles económicamente, pues a nosotros cualquier cosa nos resultaba cara ya que no teníamos un duro, sino a que se pudiese acceder a ellas sin riesgos. Hubo suerte y lo logramos relativamente pronto; nos metimos de okupas en un piso propiedad de un banco, en el Poble Nou, barrio en el que miramos después de ir descartando otros. En la vivienda no había servicios como agua o electricidad y aquello estaba todo por reformar, pero teníamos un techo y eso era lo importante.

11

Dilata la lluvia ensueños, se deja querer melancólica y la mirada entonces es gris. Recuerdo que nos cogió la tormenta al paio, corrimos el perrito y yo y nos refugiamos junto a una persiana metálica de garaje, en un portal. Viento que agitaba nuestra dulzura y contemplábamos, allí, en recorridos alegres y a la vez nostálgicos, aquello que no tenía ni nombre pero nos identificaba (un lugar, un espacio, quizás un tiempo o puede que una retícula del ensimismamiento) con algo de lo que jamás podríamos separarnos pues ambos éramos uno solo, y éramos la misma cosa, éramos amor mutuo y complicidad, y también éramos las hilachas finas y transparentes de agua que caían y nos arropaban como lánguidas dulzuras en nuestro sopor vuelto hacia sí mismo e inmemorial.

El perro...

Y tal como recuerdo, levanto la mirada y me dejo arrastrar por las fuerzas del presente y esos problemas que no dejan que me escape.

Sin ingresos, la comida y otras cosas básicas las conseguíamos acudiendo a comedores sociales y a centros de atención al pobre; algo de dinero nos esperaba (suponíamos) en un pequeño trozo de futuro mediante la gestión de una renta de inserción.

Al poco de estar allí, en el piso okupado, mi hermana hizo amistad con una vecina, una chica joven que tenía dos hijos pequeños, un niño y una niña. Esa muchacha, la vecina, tenía unos veinte años y vestía de una forma

rara, con ropa de cuero, y rostro y brazos llenos de tatuajes relacionados con el diablo; también tenía pendientes en la nariz y a los lados de las cejas. Su cabello era verde, pero no teñido, no: enrobinado.

Un buen día me la presentó mi hermana. Yo había estado solo en la vivienda porque Miquel sintió ganas de fumar y había bajado a la calle a recoger colillas. Estaba escribiendo, yo, intentando darle forma a mi novela, cuando escuché que se abría la puerta de entrada (previamente oí jaleo de mujeres cacareando y de niños pequeños dando por saco). Se llamaba Crispina, la vecina, y antes del mediodía ya estaba borracha.

Hasta la hora de la comida estuvimos charlando y riendo, y los niños rompiendo las pocas cosas que teníamos, incluyendo folios de mi preciado libro.

Era simpática Crispina, o quizás nos lo parecía debido a ese estado alegre con que había venido. También era muy puerca, o puede, igual que nosotros, que no tuviese agua corriente y por ello se lavara poco, porque a mis narices, aparte de la peste a vino que me llegaba de su boca, venía un permanente tufillo a sudor rancio de hembra sin lavar ni acicalar.

Al acabar la cordial reunión, se despidió Crispina con efusividad, dando besos y abrazos, transmitiéndonos alegremente parásitos, hongos, virus y bacterias, además de una sensación, en mí, de feromonas en permanente estado de ebriedad. Yo hice por que no me tocara demasiado, relucante, pues sentía asco; pero no hubo manera y durante unas horas me quedó la impresión de que me picaba todo el cuerpo.

Allí todos, a la puerta del apartamento, y nada, no se acababa de ir, otra

vez enganchaba hebra con Paloma.

Opté por la contundencia. Le di un puntapié en el culo al niño, tan fuerte, que aterrizó en medio del rellano de la escalera. Se puso a berrear como un descosido, rabioso, dolorido y humillado. La madre acudió presta a su encuentro y le dio un estironazo de pelos que le hizo bailar la cabeza. Se palmeó Crispina las manos para expulsar de ellas los jirones de cabello que se le habían quedado enganchados. El niño era todo él mocos, llantos y jadeos entrecortados.

-Pídele disculpas al señor Joan -exigía Crispina al niño.

-No te preocupes, no ha sido para tanto -le dije a la mujer, que en esos momentos, encima de un tiesto colocado en una esquina del rellano, estaba vomitando el vino que había tomado.

La niña lo contemplaba todo sin comprender nada.

Finalmente se marcharon, arrastrando su propio ruido hacia la lejanía. Cerré la puerta y al momento unos nudillos golpearon en ella.

-Me dejas fuera -dijo Paloma.

-Lo siento, no me di cuenta.

Al cabo de poco llegó Miquel, con una bolsa de plástico transparente llena de colillas y con un pollo asado que había robado a un niño. Comimos y eructamos, sobre todo eructamos.

12

No tardó en llegar una carta del juzgado instándonos a desocupar la vivienda. Dos semanas de tiempo nos daban para que marchásemos.

Como una familia cualquiera, pero en realidad más bien como una tribu sin civilizar, nos reunimos los tres, Paloma, Miquel y yo, para debatir y buscar una solución a la nueva crisis que se nos avecinaba. No lo hicimos, reunimos digo, en el piso okupado sino en un descampado de la montaña de Montjuic, rodeados de naturaleza y de abrumador paisaje urbano al fondo. Allí en el calvero, junto a rastrojos y hierba pisoteada, lleno aquello de basura por todas partes que los paseantes habían ido depositando poco a poco hasta enmierarlo todo, intentábamos abordar el problema, problema que en nuestro caso era crónico.

-¡Ayyy... mi “mare” es lo “mejoooo”! -Eso mismo o algo parecido escuchábamos procedente de las cercanías. A la espasmódica voz le siguió una serie de palmotazos huecos, agitanados, mezclados con una tos seca de fumador.

Ronroneó el rumor, era rumor, sí, de pisadas y de ramitas que se quebraban al paso de alguien. Entonces, al poco, todos vimos que quien se aproximaba a nosotros era lo que en argot se conoce como un *lolailo*, es decir, una persona aficionada al flamenco, pero que hace gala de él en plena calle y en los bares. Iba todo sucio y desastrado, ropa y zapatos rotos, y cabello largo que intentaba ondularse pero que la mierda que había en él se

lo impedía; patillas, grandiosas patillas y los hombros llenos de caspa. Usaba gafas, de culo de vaso, de cegato, que apenas dejaban ver los ojos, por minúsculos tras esos vidrios tan gruesos. Con un zumbido grave y persistente, pegajoso como ellas, varias moscas verdes, orondas, muy bien alimentadas, orbitaban alrededor de su cuerpo.

Al ver esas pintas nos miramos y sonreímos entre nosotros, acordando sin palabras que nos íbamos a tronchar de risa tomándole el pelo al personajillo.

-Compadre, qué le trae por aquí -dije, en intento de plasmar camaradería.

Parece ser que le habíamos pasado desapercibidos, por lo que mi voz lo hizo detenerse repentinamente, casi respingando. Pequeño y moreno, nos miró, y se acercó a nosotros no sin cierta cautela animal. Alzó una mano como saludo.

-Venga aquí, amigo, no nos lo vamos a comer -dijo Miquel amablemente.

Tomó confianza al ver que recibía un trato amistoso. Buscó una piedra adecuada y cuando la encontró se sentó en ella. Entonces nos miró uno a uno; y nosotros lo mirábamos a él.

-Me llamo Manuel Ayala -se presentó. Su voz era bien timbrada y fluida, melódica, en absoluto aguardentosa como yo había esperado.

Yo, Joan, que mira cómo los pasos de la especie arrasan el camino por donde pasa, que no sabe si lo tibio quizás fue un día, o el algodón de la noche, tuve que retirar, manteniendo sigilo, allí bajo el sol de casi mediodía, en gestos que habían sido previos, mi impresión más inmediata sobre el

individuo aquel. Entonces, al poco señalé con la mano a Paloma, a Miquel, a mí mismo, y cité nombres; nos presentamos todos al hombre pequeño que canta por las veredas, intentando repararlas.

13

Todo en este mundo resulta ser una burlesca banalidad, una pantomima de la cual debemos -estamos obligados en realidad- extraer aquello que se transforma en fruto a causa de la experiencia; y ha de ser lo correcto, y sobre todo lo dulce, muy dulce. Y de nuevo surgen dudas cuando se cambia el enfoque del prisma. Porque vamos a ver: ¿es lo correcto aquello que vemos siempre como correcto, pero sin otro remedio que hacerlo -el verlo- de modo subjetivo debido a que no disponemos de una perspectiva global? ¿Lo correcto es ético? ¿Lo ético tiene alguna finalidad? Nos resulta imposible contrastar, puesto que las opiniones que se den sobre este tipo de cuestiones nunca dejarán de ser humanas, porque humanas son en sí ese tipo de preguntas.

Tales asuntos ocupan lugar y tiempo en mi mente, y bien sé que no vale la pena semejante esfuerzo, ya que jamás habrá soluciones a semejantes dilemas.

Estamos aquí de paso, en una sola vida, y debemos conseguir que nos resulte lo más agradable posible, aunque esto parezca la mayoría de las veces una quimera: el abanico de opciones para disfrutar de nuestra vida es aceptable sin resultar demasiado vasto; el abanico para sentirnos desdichados es infinito.

Manuel nos hablaba de anécdotas que le habían acontecido a lo largo de su vida, en tanto nosotros intentábamos introducir cuñas burlescas en su

discurso. Pero nos impidió, con cierta autoridad y mucho señorío, no puedo negarlo, cualquier arrebató de risa hacia su persona. No era un bufón, no, era un hombre profundo que de vez en cuando se arrancaba por peteneras, que hilaba las cosas en un todo y machacaba a la carcajada.

Empezaba a caernos bien, sí, nuestra simpatía hacia él se acrecentaba.

Llegaba la tarde temprana, ese momento en que el sol, cuando es estival, comienza a hostigar. No era verano, tampoco invierno, era un intermedio de las cosas y del tiempo, y de las sensaciones. Quizás era también el propio Olvido.

En un momento determinado le dije que yo intentaba escribir una novela. No sé por qué lo hice, ya que por su aspecto pensaba que el comentario no le iba a interesar; y sí, era prejuizar por mi parte, ¿pero quién no tiene prejuizios?

-Ah, caramba, un escritor -dijo el lolailo.

-Bueno, no tanto, sólo un simple aficionado a escribir -me creí obligado a decir.

De sopetón, se puso de pie Manuel y estiró los brazos hacia delante con las palmas de las manos abiertas hacia fuera; su rostro, concentrado, sin mirar a un punto concreto. Era el ademán de alguien que parece oír algo y, para prestar atención, pide silencio a los demás. No nos cabía duda de que captaba algún sonido que a nosotros se nos escapaba. Ese instante generó una tensa expectación en todos. Entonces levantó una pata y expulsó un atronador y redondeado cuesco, muy armónico. Estuvimos a punto de aplaudirle.

-Verán ustedes...

-Tutéanos, Manuel -dijo Paloma.

La miró, como templando ideas, y comenzó a caminar a nuestro alrededor, con la cabeza gacha y las manos sujetas a la espalda, meditativo. De repente se detuvo y nos miró uno a uno, alternativamente.

-Yo también escribo -dijo, muy serio.

No hubo respuesta, cualquier comentario posible se nos quebró en la boca.

-No te creo -reaccionó al fin Miquel, huraño, enseñando el colmillo roto.

Manuel volvió a sentarse en la piedra. Tosió, gargajeando, escupió hacia arriba y su lapo, cuando bajó, le cayó en la cara y en las gafas. Solemne, se restregó el rostro con el dorso de la mano; luego sacó un pañuelo de tela que parecía de cartón debido a que estaba lleno de mucosidades reseca, y limpió las lentes.

-Soy hombre que surge de los agitados flujos y reflujos de la vida -comenzó Manuel a perorar-. Veréis, y comprenderéis... Todo afecta a todo, o sea, todo está entrelazado, y sin embargo los estratos sociales son estancos aunque se influyan entre sí. Podría poner ejemplos; pero ahora no, no quiero. Y me callo.

-No se detenga, Manuel, comenzaba a interesarme lo que decía -comentó Paloma. Miquel y yo asentimos con la cabeza a estas palabras.

A los tres nos resultaba ya evidente que Manuel no era un cualquiera, no por lo menos a nivel intelectual. Esa oración interrumpida, de motivos no sabemos, bastaba para demostrar que había pensamiento, y poderoso, allí en

su cabeza, allí en los remolinos de lo subjetivo.

14

Habló mucho, Manuel, mucho, y dijo cosas extrañas, concomitantes con la demencia; y no nos engañemos, todos sabemos que ésta es a su vez hermana de la genialidad.

Quizás eran los silbidos internos en nosotros lo que nos hacía sentir como en arrullo, ronroneo del no pensar, porque es que ni caso le hicimos durante un buen rato a Manuel.

Marchamos, y el sol allí, soñando, o puede que lo soñásemos nosotros. El ritmo de los pasos confundía las remanencias del tránsito de El Paralelo, y David Bowie, fallecido a principios del año 2016, nos guiñó su ojo malo, indicándonos que iba a dar un concierto en el Infierno.

Abajo, donde las calles nos dan la espalda, decidimos irnos de bares; si acaso a emborracharnos, si acaso a lamernos las penas, si acaso a hacer ambas cosas.

Fuimos a parar a un tugurio. Nos invitó Manuel porque, decía, recién había cobrado el subsidio social que percibía mensualmente. Nos acodamos todos a la barra y comenzamos los hombres a beber cerveza, caliente debido a que el frigorífico del lugar estaba estropeado. Paloma sólo bebía naranjada y nos instaba a marcharnos porque individuos de mala catadura se habían colocado a su lado y constantemente le decían al oído groserías de índole sexual.

Cuando los hombres que componíamos el grupo estuvimos por completo

embriagados, nos volvimos más receptivos y comprensivos a los apuros de Paloma y decidimos desalojar el local.

Era ya muy tarde y no habíamos comido nada, sólo picado un poco de las tapas que acompañaron a la bebida.

Batía palmas el crepúsculo de calles mojadas y entre coches estacionados fluía la orina. Coreábamos las peteneras y seguidillas de Manuel.

Una unidad de policía parecía que se nos acercaba y todos permanecemos tensos hasta que la vimos virar por una esquina y tomar otra calle. Pensamos en ese momento si algún vecino irritable e irritado los había avisado ante nuestro jaleo travieso que atravesaba a una lluvia fina que oscurecía aún más a la noche incipiente.

Después de una caminata alegre y de pies roídos por el dolor, llegamos a donde el piso okupado. Le pedimos a Manuel, conscientes de que casi con toda seguridad estaba lejos de su hogar, que subiese con nosotros y echara un sueño aunque fuese en el suelo, estirado sobre una manta. No hacía frío, para nada, sino todo lo contrario, la temperatura era más bien elevada. En aquella noche cálida, nos resultaron útiles los cristales rotos de las ventanas.

Por supuesto que el hombre aceptó la invitación: no tenía más remedio que hacerlo si no quería recular y darse otro panzón de viajar hasta llegar a su casa, o en todo caso, buscar un lugar donde no dormir en la intemperie.

Y allí quedamos todos, tirados por el piso durmiendo la mona.

Yo no, yo no dormía, me limitaba a escuchar el silencio y el zumbido en mis oídos. En un determinado momento, al cabo de unas horas y ya entrada la madrugada, escuché que Manuel hablaba, en voz baja y pastosa, y creo

que lo hacía dormido, o puede que no, pero sus palabras, las pocas que podía yo captar, guardaban concomitancias con la demencia, “... mueven y odian por mí...”, o “... sus dudas no provienen de lugares ni de miagajas de sus mentes...”, decía, desarticuladamente. Era extraño, no sólo eso que surgía de la boca de Manuel, sino también la sensación que dimanaba de una madrugada sin ruidos, en estancamiento con la sobriedad.

15

Crispina tenía agua corriente en su vivienda. Si ella dejaba que su cuerpo llegase a esa situación extrema de falta de higiene, es porque era guarra, pero guarra de cojones. Es probable que su dejadez personal se debiera a la apatía, a una falta de interés hacia sí misma producida por su alcoholismo precoz. El caso es que a la mañana siguiente le preguntamos si podíamos ducharnos en su casa y nos dijo que sí.

Amaneció un día pastoso que parecía como crema que fluctuaba en una gradación aparte, fuera de las sensaciones. Pero eran nuestras resacas lo que nos hacía sentir eso; la sed continua y las mentes abotargadas, heridas, nos impelían a una ausencia de dominio externo e interno, como a algo que no estaba del todo sujeto a la realidad. Paloma, por supuesto, no participaba en eso, ella no había bebido alcohol la tarde-noche anterior.

Nos duchamos por parejas, Paloma conmigo y Miquel con Manuel; después en el salón, muy limpio, por cierto, como toda la vivienda, lo cual no encajaba para nada con la idea que yo tenía de Crispina, nos juntamos los cuatro sobre un sofá, desnudos, y en solemne ritual simiesco comenzamos a desparasitarnos, sobre todo de piojos y liendres.

Una vez vestidos, nuestra anfitriona nos comentó que no tenía a los niños, que los abuelos se habían hecho cargo de ellos por unos días. Todo esto nos lo decía mientras le daba a la cazalla.

Al poco rato marcharon Crispina, Paloma y Miquel a buscar algo de

comida y Manuel y yo quedamos solos en la vivienda, sentados en el sofá. Permanecíamos no estáticos, había inquietud en ambos y movíamos los pies casi a modo de claqué, golpeando rítmicamente el suelo. Nos costaba mirarnos el uno al otro, miradas bajas e indecisas y gesto concentrado.

-Mi madre iba para bailaora pero se tiró por un puente -dijo Manuel con tono grave, circunscrito a sus palabras.

-Vaya, lo siento -dije con mucha hipocresía; me importaba una mierda su madre.

-Gracias.

Pese a lo dicho, la curiosidad me pudo y empecé a hacerle preguntas sobre su madre. Mediante el flujo de información que me transmitía Manuel, a medida que me respondía, estaba yo, como en un lienzo al principio en blanco, trazando pinceladas que se basaban en sus palabras, y borrando otras debido quizás a algo rectificado, cambiado de lugar, mal comunicado que formaba un error; pero de inmediato añadía un desvío retomado al pronto con nueva expresión ahora sí acertada, y yo entonces, de nuevo orientado, lo anotaba en mi mente, dándole validez; y así, poco a poco, mediante ensayo y error, un reconocimiento profundo se iba gestando en afinidades y sentimientos; porque a cierta altura de la conversación ya se había plasmado en mi mente esa señora, recreando a mi manera, según mi subjetividad, alguien a quien nunca había conocido y que sin embargo a través de la comunicación verbal ya estaba en mí. Lo que al principio me resultó una intangibilidad, una palabra, una abstracción: “madre”, se concretó lentamente en ideas, cualidades, imágenes, contingencias y

situaciones vitales de ese ser que existió. Incluso llegué a sentir cariño por ella -un cariño prestado y surgido de la nada, devenido del desconocimiento previo-.

Y de este modo se va creando el mundo: a través de las palabras se define algo que anteriormente no existía. En el fondo la literatura no es más que un intento de ordenar un poco el caos que en sí es la vida, de hacerla comprensible, pues nos desborda en nuestra finitud propia.

El caso es que la simpatía mutua entre Manuel yo iba acrecentándose, sentíamos proximidad entre nosotros. Aquello, lo intuíamos, podía acabar en una gran amistad.

Regresaron los otros; traían fideuá precocinada y unas cuantas latas de refrescos. Con alegría y unas cuantas salidas por peteneras de Manuel colocamos la mesa y empezamos a comer. Hubo conversación distendida entre ruidos de cubiertos. Luego, las panzas llenas, vuelta a empezar con el dormir, pues tocaba la siesta.

Cuando despertamos, la tarde se sumía en un crepúsculo avanzado, con ausencia de colores, gris; y nos llegaban sonidos lejanos y amortiguados que nos abismaban en emociones con belleza propia, pero esa belleza era aturdidora y triste, parecía como si se arrastrase por conductos que te abocaban en la nostalgia, en esa sensación de pérdida irrevocable que a veces a todos nos invade.

16

Tenía yo la impresión de que durante una buena temporada -el tiempo en que sucedían los hechos que ahora estoy narrando- no hicimos vida social estrictamente hablando, sino que a medida que conocíamos a alguien lo incorporábamos entre nosotros, formando con ello un grupo cada vez más numeroso. Procediendo así, daba la sensación que actuábamos igual que los animales gregarios, de manada.

Tiempo atrás, yo viví unos años en El Prat de Llobregat, y mi hermana siempre en Barcelona. Nuestros padres no estuvieron con nosotros; no pudieron cuidarnos ya que, después de haber nacido Paloma y al cabo de un año yo, por un delito que cometieron en común ingresaron en la cárcel; y más tarde, cuando cumplieron condena, ambos marcharon al extranjero, no se sabe si juntos, y jamás volvimos a saber de ellos. Desde muy pequeños, yo con unos familiares y mi hermana con una rama distinta de nuestra parentela, habíamos tenido que vadear casi sin amparo el profundo caudal del traicinero río de la vida.

Que Paloma nunca hubiera convivido con un hombre a veces me daba que pensar; yo, por supuesto, tuve novias, pero jamás una relación sentimental mía llegó a cuajar.

Por una serie de circunstancias de las cuales prefiero no hablar, ya de muy joven me vi viviendo solo. Yo en el barrio era una rareza, todo el mundo hablaba de mí a mis espaldas, y nunca para bien. Creo que tal

desajuste con mis vecinos se debía a que eran personas de condición humilde y con pocas o nulas inquietudes intelectuales, y yo en el aspecto de adquirir formación y conocimientos era por completo diferente a ellos, aunque autodidacta siempre. Esto llevó a que me socializara poco, y debido a ello surgían rumores infundados sobre mí que siempre acababan en calumnias. Cohabitaban una serie de contradicciones en mi persona, porque por una parte yo era culto, pero por otra, cuando me relacionaba, siempre fue con gente de baja estofa, vamos, con lo que había a mi alrededor; por lo tanto, se daba en mí ser una extraña mezcla de hombre sabio pero a la vez sin modales, grosero; a veces refinado, a veces arrabalero; un popurrí muy singular soy yo, sí. En ese peregrinar solo por la vida, acabé adoptando un perro que encontré en la calle. Durante muchos años fue mi única compañía. Ya falleció, pero lo considero el bastión de mi existencia, el punto de apoyo con el cual pude tirar hacia delante. De mi deambular a través de la vida junto a él, ya he incorporado un fragmento en este libro que escribo. Lo significó todo para mí. No está conmigo ya, pero residuos de mi memoria vibran como si fluidos ondulatorios fuesen, con reminiscencias musicales, que recorren evocadores instantes de nuestro amor mutuo, tan hermoso que jamás se agotará.

La cuestión, lo que nos preocupaba, era que en breve iban a venir a echarnos de la vivienda, y aún no habíamos hallado una alternativa, o en todo caso, una solución al problema.

17

Por decisión propia y voluntaria, había ido yo al Ayuntamiento para entrevistarme con la alcaldesa Ada Colau, en intento drástico de resolver nuestro asunto; pero no hubo éxito, no pude verla. Fui a pie y volvía a pie, pues la casa consistorial no quedaba demasiado lejos de donde estaba ubicado nuestro piso okupado, y además no tenía dinero para pagarme un transporte público.

El caso es que, después de mis infructuosas gestiones, yo iba muy ligero hacia casa porque me estaba cagando. Cuando me quedaban ya unos cien metros para llegar a la entrada de la portería, vi enfrente de mí a dos personas que vestían pulcramente y con cierta elegancia, cartera en mano cada uno. Los reconocí, eran sin duda testigos de Jehová, que me miraban, sopesándome, y entonces aceleré más el paso previniéndome de que pudieran detenerme, con su sempiterna intención de taladrar las cabezas con sus chorradas, vamos, a su estilo. Apreté el mentón porque es que ya no me aguantaba, me cagaba vivo, y los iba a rebasar cuando escuché: “Perdone, ¿tiene un momento?”. Me detuve, seguro que manifestando cierta angustia en mi rostro, y miré al más alto, que era quien había hablado. El compañero hurgaba en su cartera, buscando un folleto de esos que siempre te dan si les dices que lo vas a leer. “Tengo prisa”, dije. “Será sólo un momento... ¿Usted cree que se puede alcanzar la felicidad?” “Y a mí qué me importa. Oiga, déjeme en paz, ya le he dicho que tengo prisa.” Y lo aparté de mi trayectoria

con un suave empujón. “Qué maleducado”, escuché detrás de mí. Aceleré el paso y me incrusté en la portería, quedando fuera del mundo y sus ruidos, que persistían en su dinámica de la indiferencia.

Arriba, una vez me sentí de nuevo decente, quedó olvidado por otro corto periodo de tiempo el tener consciencia propia de ser una entidad biológica.

Allí en el piso, me encontré con que Paloma, Crispina, Miquel y Manuel hablaban del *Ulises* de Joyce, o trataban de hacerlo. Crispina comentaba que ese libro tan antiguo aún le quedaba pendiente de leer, pero que a no tardar le echaría mano; y lo mismo dijo Paloma. Sin duda las chicas se estaban haciendo la pipa un lío y confundían *Ulises* con la *Odisea* de Homero; pero me infundió calor interno el ver que a pesar de todo, de nuestras dificultades para ir tirando en el día a día, había en nosotros un inextinguible afán por cultivarnos y mejorar nuestro espíritu.

Siempre me ha parecido evidente que Miquel y yo mismo somos personas con inquietudes intelectuales, pues leemos mucho y yo incluso escribo. El nivel cultural de Manuel (alto o muy alto) lo pude intuir el día que lo conocimos; pero en lo que respecta a Paloma, ya dije que realiza lecturas desordenadas, y que en la mayoría de casos son libros poco sustanciosos, sin exigencias para el lector, literatura de entretenimiento, no más. La sorpresa me la dio Crispina, que por edad, apariencia y modales no la había supuesto yo persona lectora.

El resto de ese día lo pasamos sumidos en la indagación de los universos subjetivos de los grandes creadores. Momentos así se dan pocas veces en

nuestras vidas debido a que nos ocupan cosas más imperiosas que el hablar de literatura, por lo tanto para mí representan el mayor de los placeres, y resultan ser un maravilloso escape a lo gris que siempre se columbra allá, en el futuro, a la próxima vuelta de esquina de nuestro recorrido vital. Aquella noche me acosté -y supongo que los demás también- con una cálida sensación de contento, de satisfacción; y no me cabe duda, aunque, claro, esas cosas sólo se intuyen, de que una sencilla sonrisa se reflejó en mi rostro durante toda la noche, mientras dormía.

18

Después de ocho días con nosotros, marchó Manuel al encuentro de los suyos. Durante ese tiempo de permanencia jamás llegó a decirme sobre qué estaba escribiendo. Crispina se fue con sus padres y sus niños y nos dejó prestada su vivienda durante una temporada.

En la fecha indicada vino la policía a desalojarnos del piso okupado, pero se encontró sin resistencia porque ya no había nadie en él. Nosotros, Paloma, Miquel y yo, formábamos parte del grupo de mirones que se había aglomerado en la vecindad, próximos al exagerado y llamativo despliegue de los agentes.

Hacía calor y el sol parecía de caramelo y escatimaba sombras, los cuerpos sudaban y, con su bordoneo pegajoso, las moscas motivaban en nosotros gestos repentinos y pulsátiles que nos hacían sentir molestos por estar vivos. La información palpitaba, intermitente, bajo piedras sin color, transfiriéndose sin motivos.

Al poco rato todo se disolvió, marcharon los policías y marchamos los mirones.

Subimos a casa, a la casa que en realidad era de Crispina. Íbamos pensativos, preocupados. Un alojamiento de momento no nos faltaba, pero era temporal y por lo tanto frágil, percedero a corto plazo. Necesitábamos, y en eso había consenso, un sitio del cual no tener que salir por piernas al poco tiempo de habernos instalado en él. Seguro que tenía solución el

problema, pero ¿cuál era esa solución?, ¿de qué modo debíamos proceder?, ¿en qué lugar? Miquel siempre podría volver a casa de sus padres, pero Paloma y yo no teníamos donde ir. De todos modos, Miquel siempre nos dijo que se llevaba a matar con sus progenitores, ya que éstos lo consideraban una molestia porque, según ellos, no sabía convivir con los demás. Así que estaba ahora con sus amigos. De momento no nos causaba demasiadas molestias y nos resultaba agradable su compañía, por lo que pensábamos, cuando comentaba lo que según él decían sus progenitores, que o bien ellos exageraban, o bien que por algún motivo desconocido Miquel nos mentía sobre su verdadera situación con sus padres, y que por alguna razón que ignorábamos, deseaba estar con nosotros.

19

Era una persona, sí, una persona; yo no la conocía pero allí estaba, surgida de no se sabe dónde. Era una mujer, sí, una mujer, elegante y educada, y la melodía de su voz me cautivaba. Era el anclaje de nuestra realidad, sí, de nuestra puta realidad; y su rostro, sí, y sus piernas bien perfiladas que asomaban bajo la falda, sí, la falda muy corta que casi insinuaba sus bragas, y le otorgaba una salvaje sensualidad; no latente y dormida, no, plena muy plena, que arrollaba, sí, arrollaba y rompía braguetas. O mejor decir que lo rompía todo; tanto rompía que daba mucho de sí como material de ensueños lúbricos y de consiguientes trabajos manuales.

Era la asistente social esa mujer, y estaba llenando de datos nuestros currículos, para trabajar de camareros los fines de semana en una discoteca. Este local se abría las tardes de sábados y domingos para los púberes, y luego había horas nocturnas para los adultos.

-Usted, Paloma... -dijo, y miró el folio-. Paloma... Verá... Está usted de buen ver; es joven y guapa -entonces le guiñó un ojo a mi hermana, que yo lo vi-. Podría trabajar de gogó sin problemas.

>>En cuanto a ustedes dos... -nos dijo a Miquel y a mí, contemplándonos así como con asco, con la boca torcida-. Pues... hace falta personal de seguridad, pero están muy enclenques ustedes, casi en los huesos. -Miquel se estirizó para imponer presencia, aunque la verdad es que al pobre le dio

poco resultado, sólo consiguió que le crujieran todas las articulaciones de un modo bastante siniestro, muy preocupante-. Podemos intentar una cosa -prosiguió-: que de los camareros que ya trabajan ahí y estén robustos, un par de ellos pase a ser personal de seguridad, y ustedes dos ocupen los puestos que ellos dejarían vacantes... Y por cierto, ya podían haberme ofrecido asiento, ¿no?

-Es verdad, no caímos en la cuenta y ha permanecido usted de pie todo el rato -dijo Paloma mientras bostezaba y estiraba los brazos para desentumecerse, ahí tirada en el sofá.

-Ha sido una lamentable falta de educación por nuestra parte. No volverá a suceder, se lo prometemos -le aseguró Miquel mientras se incorporaba de la silla donde había estado sentado y le tendía la mano para el saludo de despedida.

Yo lo observaba todo desde mi sillón de orejas.

-Pues nada -dijo la asistenta mientras iniciaba camino en dirección a la puerta para marcharse. Nadie la acompañó-, ya sólo me queda llamar al propietario de la discoteca y fijar la fecha de entrevistas. -Las últimas palabras que pronunció se confundieron con un fuerte portazo que me pareció rabioso.

20

Todos buscamos siempre una víctima. Nuestro comportamiento es idéntico al de los animales, que cuando uno del grupo es débil, o está enfermo, o ha nacido con alguna deficiencia física, sus congéneres lo separan de ellos y entonces es presa propicia para los depredadores. En los humanos sucede lo mismo: aislamos al que es distinto de nosotros. Hay frases hechas que sirven para justificar semejante actitud, como por ejemplo: “¿No ves que no está bien?”, o “esta persona no te conviene”. Pero la expresión más radical de todas, aquella que va a representar un verdadero quebradero de cabeza para el individuo beneficiario, es sin duda la siguiente: “Ya sabes lo que se comenta de él (o ella)”. Esto en realidad significa que de esa persona se ha hablado a sus espaldas, y podría ser cierto lo que se dice sobre ella, o sea, que se sabe de modo contrastado que tiene un proceder nocivo para quienes le rodean. Mas también cabe la calumnia en esa expresión citada; y si éste es el caso, alguien que no tiene culpa de nada va a pagarlo muy caro, porque si a su alrededor le gravitan infundios, ello va a suponerle, tarde o temprano, un absoluto aislamiento por parte de los demás. A esto se le podría denominar depredación social, de humanos entre humanos, en la cual algunas personas acaban convirtiéndose en el vertedero de la frustración, del odio, de la crueldad, de la envidia y de la inconsciencia del resto de la población. Un individuo cuyo comportamiento resulta inapropiado o excéntrico, que no encaja su modo de opinar con la

línea de pensamiento de la gente de su entorno y que no procede como lo que los demás consideran que debe ser normal, puede caer perfectamente esta citada red de falacias cimentadas a su costa.

En fin, que todo lo dicho viene a cuento de que conocimos a Esteban, o expresándolo mejor: nos comentaron cosas sobre un tal Esteban. Fue en un momento en que Miquel y yo estábamos de jarroteo en el bar de la esquina. Ya sabéis lo que quiero decir: *nos encontrábamos en ese bar que siempre está en la esquina*, sea donde sea, sea en un pueblo o sea en una ciudad, e incluso sea en una carretera. Pues bien; allí, pisoteando cáscaras de cacahuetes entre crujidos, torciéndonos los tobillos con huesos de aceitunas y abriendo surcos diáfanos de entre las cascarillas de las pipas con los pies, le estábamos dando fin a unas excelentes barrechas que nos proporcionaban una efímera y estéril alegría -una alegría que tiende a una pérdida de la vergüenza que te lleva a hacer el ridículo más espantoso; pero en esos instantes no importa nada, lo malo llega después, al día siguiente, cuando estás sobrio y no te atreves a salir de tu habitación por miedo a que, entre carcajadas, te señalen con el dedo los parroquianos-.

La asistenta social, muy puta ella, se había sacudido de encima lo de la paga de sustento mínimo con el rollito del trabajo en la discoteca. Pero allí acudimos, sí, al local ese, y fuimos a ver al jefe, o quien en principio iba a ser nuestro jefe, para pedirle un adelanto. Cosa extraña, aceptó darnos unos dinerillos, veinte euros, sin conocernos de nada, supongo que por tomarnos la molestia en ir y por los gastos en transporte de colarnos en el metro y patearnos el resto del camino hasta el polígono industrial donde estaba el

sitio; pero al mismo tiempo comentó que ni se nos ocurriese volver por allí. Así que nos quedábamos, al menos de momento, sin sueldo de cobertura social y sin trabajo de camareros. Pero nos quedaba Paloma. Ella no vino con nosotros a solicitar un adelanto, y Paloma está de muy buen ver. Seguro que el cerdito ese que nos había dicho de no volver a pisar su despacho, cambiaba de opinión cuando nos viese acompañados por Paloma, quien además ya estaba bien curtida en esos asuntos de pedir favores a extraños.

Pero ahora eso es otro tema, porque Miquel y yo estábamos allí dale que dale, cantando por soleares con rostros colorados hasta reventar, con la boca abierta y tensa en gesto de estar estreñidos, escupiendo siempre saliva al cambiar los tonos, y expulsando unos sonidos guturales y asmáticos que no entendía yo por qué no producían pavor a los concurrentes. Y con dinero también estábamos, ahí venga eso sí, con dinero; poco, pero era dinero. Los parroquianos nos hacían coro dando palmas, lo cual nos animaba a seguir con el cante. Afición barriobajera ésta que, por cierto, nos había transmitido Manuel en la corta temporada que permaneció con nosotros, pues Miquel y yo jamás habíamos sido personas de darle al flamenqueo de bareto; pero suponía yo que tal aprecio al *arte* no nos duraría mucho tiempo.

De repente se hizo un silencio, pero un silencio de verdad, tan manifiesto que mi amigo y yo nos callamos al percibir la brusca ausencia de sonido a nuestro alrededor. Y todo era porque había entrado al bar un tipo con cara de gilipollas.

Uno saludó al recién llegado:

-Hola, Esteban. -Sólo decir eso y todos allí, salvo Miquel y yo, venga a

reír. Pero habíamos comprendido el motivo, ya que era la persona sobre la que todos los concurrentes habían estado hablando previamente.

Aparte de su cara de mochuelo, yo no veía nada anormal en Esteban; vamos, que podía pasar por ser uno más, por ser otro cualquiera como todos. Antes del recital flamenco, dijeron los allí presentes muchas cosas sobre Esteban, y ninguna buena, porque sin duda ese hombre era la comidilla del barrio.

Al parecer no pensaba que fuese a ser saludado, y enrojeció. Dio media vuelta de un modo extraño, como rígido; sus piernas evitaron pisar un obstáculo que no existía, casi dando un traspies. Con dificultad encaró la puerta y marchó sin decir nada.

Jamás volví a ver a Esteban, el hombre que según sus vecinos era narcotraficante, yonki, homosexual, estúpido, ladrón, expresidiario y otras muchas lindezas de ese tipo. A mí simplemente me pareció alguien con severos problemas psicológicos, alguien incapaz de conectar con los demás debido a ciertos traumas no bien resueltos.

Marchamos de allí sin intenciones de volver. Ambos, Miquel y yo, sin necesidad de reflexionar ni de profundizar demasiado ese asunto, supimos que todo lo que contaban sobre esa persona era mentira.

21

Llamó Crispina a su propia casa, al teléfono fijo. Fue Paloma quien la atendió. Poco más tarde comentó ésta lo que había hablado con nuestra amiga.

-Crispina está enferma y tardará en volver -dijo.

-¿Qué tiene? -preguntó Miquel desde el sofá.

-Siente debilidad y dolores en todo el cuerpo. Fue ayer a hacerse una analítica.

-Podría ser anemia -dije yo.

-Le comentó el doctor, me ha dicho ella, que seguramente es por un resfriado mal curado. Esas pruebas, dice, son para quedarse tranquila.

-Seguro que no es nada -dijo Miquel, y volvió la mirada hacia el libro que había tomado prestado de una biblioteca y siguió leyendo.

Estaba claro que íbamos a quedarnos en casa de Crispina durante una temporada más larga de lo que al principio pensábamos que iba a ser. A nosotros no nos venía mal, pero sin duda a ninguno nos hacía gracia que el motivo de ello fuese la mala salud de nuestra anfitriona.

Al cabo de un rato nos arreglamos un poco y salimos a la calle para ir al comedor social. Allí alguien que tomó su menú en la misma mesa que nosotros nos habló de las cuevas del Calamot, en Gavà. Una vez Crispina volviese, íbamos a necesitar de nuevo un lugar donde alojarnos. Quedaba pendiente el asunto del trabajo en la discoteca, con nuestra intención de ver

de nuevo, esta vez con Paloma, al tipo ese que nos cedió los veinte euros que gastamos en aquel puto bar consumiendo unas repugnantes barrechas.

Yo me planteaba muy seriamente el convertirme en un abstemio, el alcohol no podía aportar nada bueno a mi vida. En cuanto a Miquel, él sabría, ya era mayorcito, pero el estrangular su psique con la bebida le había acarreado problemas constantes y a veces serios.

Todo quedaba por hacer, en el aire, pero nada nos achicaba y estábamos dispuestos a cualquier cosa por encontrar un hogar definitivo, aunque estuviese situado a las puertas del infierno.

FIN DEL VOLUMEN II

Las aventuras y desventuras de nuestros amigos
continuarán en el volumen III.